



A R T E

C O S S I O

POR ENRIQUE AZCOAGA



ENTRE la docena de pintores españoles contemporáneos de indiscutible importancia, el nombre de Francisco Cossío no puede omitirse. De origen santanderino y abocado a una madurez, dentro de la que los propósitos siempre se iluminan por la responsabilidad más exigente, la pintura de este plástico se inició hace mucho en los terrenos de lo abstracto, encontrándose actualmente no en un punto de cosas demasiado figurativo, pero sí en la maduración de su inicio; en aquel plano dentro del que Pancho Cossío se desenvuelve y desenvolverá. Toda pintura en el caso del logro tiene un sesenta por ciento de acierto y un cuarenta de cosas criticables. No vamos en esta ocasión, después de reconocer la importancia en el concierto plástico contemporáneo del pintor español como arriba hemos dicho, a enfocar críticamente el cuarenta por ciento que es lastre de su labor. Estamos,

por otro lado, ante un hombre con un proyecto de cosas demasiado definido. Y cuando esto ocurre —como ha podido verse en la última exposición celebrada por el artista, con pretensiones antológicas, en el Museo de Arte Moderno—, poco hay en ese sentido que hacer. El sesenta por ciento de virtudes es, por tanto, lo que en esta ocasión nos interesa. Entre otras cosas, porque los valores plásticos de Cossío obligan a que nos olvidemos en este caso de aquellos defectos, de aquel lastre que el pintor no atiende y no se dispone a superar.

Si la expresión no fuera demasiado pedante, comenzaríamos por asegurar que así como la mayoría de los pintores españoles modernos son unos líricos, Francisco Cossío resulta un metafísico. Desde el espectáculo del mundo o de la vida, los plásticos construyen sus tinglados, entonando con acento propio aquello que en última instancia pretenden revelar o perpetuar. La